

Crucero marítimo

Por Manolo Campa

No voy a viajar. Manifesté con firmeza. Expuse mis razones: detesto los aviones, los aeropuertos, los hoteles, los “tours” en verano, los guías parlanchines... el dólar está débil, todo resulta caro. Las carreteras están muy congestionadas. El precio de la gasolina está por las nubes. Hay que pagar más por el peaje y más frecuentemente. El viajar sentado durante mucho tiempo me arruga los calzoncillos y me siento incómodo. Con severidad de juez de televisión dije: “caso cerrado”, ni una palabra más.

Mi esposa debe ser pariente de Cristóbal Colón porque siempre está dispuesta a emprender cuanto viaje se presente. Desde que nos jubilamos siempre tiene las maletas preparadas. Los programas de viajes por la televisión son sus favoritos. Le fascinan los itinerarios complicados. Los vuelos largos no la incomodan... se duerme durante toda la travesía. Me extrañó que aceptara mi renuencia a viajar sin armar el más mínimo pataleo. Tanta calma era presagio de algo. Y así fue.

“Dos de nuestros hijos, con nuestros nietos van a disfrutar un crucero de tres días y les gustaría que fuésemos con ellos”, me dijo. ¡Mi mujer sabe más que las bibijaguas! Conoce mis puntos débiles y por ahí me trabaja. Sabe que no pierdo una oportunidad de estar con nuestros muchachos y sus hijos... además, me señaló con sagacidad que yo nunca había dicho nada en contra de viajar por mar. Como ella presentía, acepté jubiloso. Hice mi maleta, me compré un gorrito de marinero y pastillas contra el mareo.

Durante tres horas viajamos por carretera para llegar al puerto de donde saldría el barco. Embarcamos sin contratiempos. Nuestro camarote era de los primeros en la proa. Si la mar se picaba hubiésemos estado en un cachumbambé. No hubo oleaje. Nadie necesitó de las pastillas contra el mareo, gracias a Dios.

Mis caminatas por cubierta acompañado de mi mujer no fueron del agrado de ésta porque la brisa marina la despeinaba. Le ofrecí mi gorrito de marinero para amortiguarle los efectos del agradable airecillo sobre sus peinadas canas. Lo rechazó con enfado. El primer día la abundante comida y los espectáculos en el flamante teatro abordo contrarrestaron en ella los efectos negativos del sol, el aire y el salitre.

En un crucero lo normal es comer opíparamente. El segundo día, mi sin par esposa, decidió volver a su dieta habitual. Durante el desayuno de ese día, tipo “buffet”, ella se demoraba más de lo normal, pero mi nieto y yo no nos preocupamos porque quizás había ordenado una tortilla extravagante de vegetales y esa era la causa de la demora. No fue así. Se había sentado en una mesa equivocada. ¡Estaba extraviada! De pronto sentimos una alegre algarabía y apareció acompañada por tres o cuatro camareros sonrientes que la estaban ayudando a encontrarnos. Se “bestializó” cuando nos vió desayunando sin la más mínima preocupación por su desaparición.

Ella disfrutó mucho la compañía de hijos y nietos. Yo también porque ahora que estamos jubilados podemos dedicar todo nuestro tiempo a estar junto a los nuestros cuando nos brindan la oportunidad. Cuando teníamos que trabajar no pudimos dedicar a nuestros hijos el tiempo que ahora tenemos para disfrutar de ellos, sus hijos y las actividades en conjunto que se presentan. Me alegro de no haber “estrangulado” a nuestros hijos cuando eran adolescentes insoportables porque me habría privado de gozar de los nietos que ahora tanto disfrutamos.

EN SERIO:

Me preocupa el futuro inmediato de los Estados Unidos de Norteamérica, el país que me abrió sus puertas cuando tuve que salir del mío. En mi opinión nunca unas elecciones como las próximas del 4 de noviembre han tenido tanta importancia por las consecuencias que puede tener su resultado para la continuidad de la Democracia actual.

Ojala que los votantes norteamericanos vayan a las urnas bien convencidos de las tendencias políticas del candidato por el cual van a votar. Que hayan analizado las leyes que han promovido o respaldado con sus votos en el Senado los candidatos presidenciales. Que hayan entendido bien lo que han ofrecido hacer cuando lleguen a la presidencia y qué resultado tendrán esos planes en el bien común.

El liderazgo de esta gran nación corresponde a un hombre de demostrada integridad. Que convenza más por su sinceridad que por sus palabras bonitas... que más que la emotividad seductora del discurso nos persuada la claridad de sus ideas... que más que soluciones demagógicas ofrezca medidas realistas para enmendar los males y lograr prosperidad para todos.

El poeta francés Charles Baudelaire dijo: “La más grande habilidad del diablo es el habernos convencido de que él no existe.” Los funestos gobernantes de izquierda de nuestro continente también han tenido la gran habilidad de ocultar, hasta llegar al poder, lo que realmente son. De USA también se quieren apoderar los que siembran la lucha de clases en sus discursos, en sus libros. Los que tienen como base de su doctrina el odio que todo lo destruye, que nada bueno logra.

No sólo el voto presidencial tiene hoy una importancia vital, también es necesario tener una Cámara y un Senado que apoyen, que faciliten las funciones del Presidente. Por lo tanto, importante también es el votar por Senadores y Representantes.

Llueva, truene o relampaguee, no dejes de votar el próximo 4 de noviembre. Oye... mejor dicho, lee y reflexiona en el mensaje de esta inspiradora frase para estos días de elecciones: “Los malos gobernantes son elegidos por los buenos ciudadanos que no salen a votar”.

